brica una cantidad extraordinaria de armas de hierro para los arsenales del Rey Católico. En la lana se trabaja tambien con actividad y ventaja. No léjos de San Sebastian, al borde del Océano, se ve una campiña deliciosa, de vistosos bosques; y el canto de mil páxaros, que se paran en las rocas, divierte al pasagero. Desde San Sebastian á Bilbao, se ofrecen en el camino mil escenas encantadoras; ya los magníficos anfiteatros de verde hierba, ya un ayre que recrea, ya los cantos de los pastores, que se oyen resonar en sus valles y montañas. En aquellos campos la espiga del trigo se agita blandamente sobre las flores, y los tesoros de la agricultura se ven derramados por la cima de las montañas. La bondad del cielo, la pureza de la atmósfera, la salubridad de las aguas, hacen revivir el placer. Los habitantes de esta afortunada provincia, no pueden presentar al extrangero las ruinas magestuosas de alguna ciudad; pero le enseñarán con regocijo el *árbol de la Guernica*, monumento de la naturaleza, que en el año 1337, fué testigo de la gloria vizcaína. Al pie de este árbol hay una piedra donde se sentaban los Reyes de Castilla, para recibir el homenage de este pueblo. La inmortal Isabel fué la última Soberana en la que se acabó esta augusta ceremonia. Los vizcaínos dignos imitadores de las virtudes de los sencillos Cántabros, son el pueblo mas valiente del universo. Los franceses, en la última guerra con la España, han aprendido á estimarles, dando un glorioso testimonio del valor de estos montañeses. Ya se sabe que en tiempo de Augusto una multitud de Cántabros se precipitaron de las altas rocas, viendo que no podian sostener su independencia y leyes patrias. Los vizcaínos aun conservan las virtudes de las primeras edades de la sociedad: son humanos y generosos, sobre todo sostienen la religion de sus mayores.

Asturias, otra provincia de la monarquía española, presenta un espectáculo no ménos curioso que la Vizcaya. Las montañas ofrecen un desórden pintoresco, que horroriza hasta los habitantes del pais mas acostumbrados á sus asperezas y escabrosidades. Vivir en las Asturias, es vivir siempre expuesto á los peligros tan frecuentes como en la guerra; la muerte está siempre á la vista, y el alma se asusta. Quando uno sube